



Memoria
fragmentada

1: Tánger

***Memoria
fragmentada***

1

Tánger

Carlos Maza Gómez

© Carlos Maza Gómez 2007
Todos los derechos reservados

1

Secretos de niño que esconde animales prohibidos buscando momentos para soñar; que pone su mano entre las piernas de una niña, los dos guardando silencio, envueltos en su mundo de placer desconocido. Secretos que nos atraviesan la vida abriendo mundos en nuestro interior, descubriendo la importancia de tener algo propio que pugna por revelarse cuando sabes que, de hacerlo, desaparecerá como secreto para no ser nada. Años de niñez entre risas, su espalda corriendo sin cesar y yo persiguiendo su sombra con la respiración agitada. No corras más que no puedo seguirte, déjame alcanzarte, no te vayas para siempre, que no te alcance el olvido, que no nos sumerja en la zozobra de lo irrecuperable. Niños con los que descubrí secretos, el callarnos en una tarde de sombras, hombro con hombro, arrastrarnos entre los arbustos para luego lanzar piedras a una casa vecina.

Casi alcanzo los cincuenta años. Canoso el poco pelo que queda, arrugas que se van marcando y que observo cada mañana al levantarme. Voy pasando la maquinilla de afeitarse y cada vez es más difícil sentir la piel tersa. Debes estirarla por un lado, por el otro, el ruido de la afeitadora y tus ojos se vuelven opacos recordando otra piel arrugada, una sonrisa en los ojos claros de tu padre. Piensas que tu vida está llena de secretos, los que fueron jalonando tus años con su

presencia constante, parcelas que hurtas al dominio público, algunas en las que ni tú mismo quieres mirar. Vergüenza de sentir deseos sobre los que no ejerces dominio, sueños que surgen inconscientemente y tras los que te levantas alterado, nervioso. Dices, qué boca, qué pecho. Hasta que las sombras del sueño se van diluyendo y sentado ante la mesa de la cocina desayunas pensando en tus tareas cotidianas. Luego conduces por la ciudad y te asalta en el semáforo aquella piel de seda, las manos que te rozaron al pasar, esos ojos que buscaste. Secretos de amor y de miserias, ruindad y torpezas. Algunos mezquinos y otros grandes. Hilos de plata con los que la vida queda sujeta, los tramos enlazados.

Secretos de amor que se lleva el tiempo. Aquella muchacha que se acercó un día y te abrazó buscando tus labios con los suyos llenos de temblor. La de cara tosca y cuerpo voluptuoso, fundiéndose contigo en el baile de un pueblo perdido al que no recuerdas casi como llegaste, su pecho que acariciabas, la cintura que estrechaste y luego el contarle, la risa contenida, los amigos que te miran y la boca seca por la noche. Otras noches mirando el cielo, dejándote llevar por viejos recuerdos de niñez, tu mente llena de su forma breve, sus pasos ligeros, la sonrisa, el brazo que un día tomaste decidido para cruzar la calzada y ella se puso seria pero no se retiraba. Las manos que tiemblan junto a las tuyas en la cervecería y no sé cómo decirle, no sé cómo contar lo que me pasa, lo que siento por dentro. Secretos que quieren dejar de estar ocultos, de deseo, amor, caricias soñadas y conversaciones interminables entre besos. Amargo

tiempo de dudas y reproches, de silencios no interrumpidos, palabras que no supe expresar.

Hoy, que se me va el tiempo como un enemigo que huye incansable, es cuando ha llegado el momento de atraparlos, contarlos tal como los viví de niño, cuando me hicieron adulto poco a poco, sin darme cuenta. El llanto que fui arrebatándome a manotazos camino del puerto. Mi madre, con sus propios secretos, abrazándome en silencio mientras yo sentía un extraño ahogo en el barco. Su cara, que no dejaba de mirar mientras partía el coche y se iba alejando. Gritando su nombre en silencio: no te pierdas nunca, que el tiempo se detenga, que la vida me respete, no ser recuerdo de la persona que quiero. Quédate junto a mí, no me dejes solo envuelto en los momentos que vivimos, la casa que construimos juntos, los soldados que alineábamos en el pequeño montículo, el calor de tus manos y tus piernas juntas, delgadas como palillos. Tu sonrisa, niña de ojos grandes, esa sonrisa que he buscado sin encontrar desde entonces, con la que me recibías cuando yo bajaba corriendo con mi bocadillo en la mano y preguntaba a qué jugaríamos.

No quiero que se desvanezca para siempre, llegar a estos años y ver mi boca cansada en el espejo, sentir la amargura de tantos secretos que no pude compartir contigo, soñar que aún siento tu mano en la mía, la firmeza de tu hombro, el calor de tus muslos una tarde en que la oscuridad poblaba el jardín. Si vuelvo te buscaré entre aquellas sombras que amenazan con inundar mi tiempo, entre las personas que me quieren y en las que

encuentro rastros de ti. Cuando estemos juntos te diré que no te vayas más, que no me abandones en esta tierra llena de secretos, secretos que duelen, desgarran, que matan la vida y la tiñen de mezquindad. Dame los tuyos, comparte aquellas palabras que no sabíamos que existieran, el temblor nunca sentido hasta entonces. Revivamos los momentos vividos en aquel jardín, cuando los dos éramos niños y no sabíamos que el mundo estaba salpicado de secretos que te arrebatan la inocencia. Ayúdame a llegar hasta ti, deja que vuelva a ese jardín que compartimos, que encuentre al niño que fui y hable con él, me sienta a vuestro lado y pueda sentir de nuevo la calidez de esos ojos que reían, vea tu falda extendida llena de fruta, tus rodillas huesudas, mis talones sucios, las gafas que se me caen. Déjame soñar, no sé si por última vez, antes de que el tiempo me arrase, que los secretos duelan más de lo que pueda soportar, cuando nuestros recuerdos se desvanezcan, los tuyos y los que he ido atesorando en medio siglo de andar. No dejes, no, que sean como pompas de jabón que el viento mece y lleva de un lado a otro hasta perderse o explotar camino de la nada.

Algún día nos llegará el final y estaremos tendidos sobre una cama, despojados y enfermos, sin esperanza. Si hay suerte tendremos cerca una ventana, si no, la imaginaremos. Una ventana por la que dejemos vagar la vista queriendo ver todo aquello que nos fue pasando: la felicidad de los años que duraron tan poco, los turbios deseos de adolescencia, la torpeza de aquellas manos que acariciaban, los besos y el descubrimiento de

placeres apenas sospechados. Veremos también los sueños que poblaron nuestra mente, de amor y conquista, de triunfo; sueños llenos de ambición que nos hicieron actuar de un modo que hoy no pretendes ya juzgar porque todo está vivido, todo vencido y has aprendido a perdonarte. Momentos en los que lloraste la muerte de un ser querido, la enfermedad de otro, sus cuerpos que ahora son el tuyo vencido sobre la cama mientras miras por la ventana la vida que pasa como un río de aguas claras y turbias, violentas y calmas, camino de Dios sabe dónde. Cierras los ojos y ves lo que no está en la ventana, tus secretos pasando en agitada turbamulta, los que te hirieron, los que nunca debiste descubrir, los secretos ajenos.

Finalmente sólo quedará un secreto, el más importante: el de tu corazón cuando sentías su cabeza reclinarse en tu hombro y eran los días hermosos como su cara junto a la tuya, ambos tan jóvenes. Es entonces cuando quizá entiendas que el amor que buscaste a lo largo de tantos años ya estaba allí, con tu mano entre las suyas. Y todo lo que hiciste durante tu tiempo fue tratar de recuperar el paraíso perdido, aquél del que fuiste expulsado camino del puerto, el que te hizo llorar sin saber por qué, sin saber de dónde venía ese dolor.

Sólo entonces podrás cerrar los ojos definitivamente, respirar silencioso esperando que llegue el final, cuando todos los secretos se pierdan contigo y tus recuerdos se vayan más allá de todos los sueños.

2

Todos mis recuerdos empiezan entre los aligustres del jardín, sus campos en cuesta, los bancos de mármol. ¿Qué veías de él cuando te asomabas a la ventana, padre? Yo era un niño que correteaba con sus amigos cuando te veía mirarnos, quizá tomándote un alto en el trabajo, vigilándonos sin ganas, dejando vagar la mirada, el pensamiento. ¿Qué veías, qué mirabas? Me sentaba con mis tres amigos en el banco para inventarnos juegos que han caído en el olvido. Se me borran grandes retazos del tiempo pasado. Nos mirabas desde la ventana con tus cuarenta años, cuando aún no había pasado por delante de tu memoria una mano blanca borrándolo todo. Qué tristeza verte así las tardes que vengo, cuando te sientas mirando no sé qué, cerrando los ojos ante mí como si te costara saber quién está delante y te digo, inseguro: ¿me recuerdas, padre? ¿sabes quién soy? Tus labios que van balbuceando palabras sin sentido y luego callan para estar en silencio el resto de la tarde. No me importa. Te contaré y lo que no sea cierto he de inventarlo, suponerlo, reconstruirlo.

¿Qué veías desde la ventana? Dos jardines pequeños que entonces me parecían inmensos. Luego he visto fotografías, algunas las hiciste con esa máquina vieja, las recuperé del álbum familiar cuando vine a la casa de Madrid. Ahora me alojo en ella cuando te visito, no pensaba que terminaría viviendo lejos, tan al sur, la vida está llena de imprevistos.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

